

cial, en el interior del bloque marxista-leninista, están obligando a un reajuste grave de polos de influencia, están descubriendo tensiones y conflictos internos, dan lugar a posturas y a definiciones reformadas. La pretensión última de nuestro autor es la de llamar la atención de Occidente respecto del valor occidental, humanista, liberador y por lo tanto, de enorme capacidad atractiva y proselitista, del marxismo en sus formas más recientes, pero a la vez más enraizadas en la originalidad explosiva de Marx.

M. O.

PIETRO NENNI: *La guerra de España*. Ediciones ERA. México, 1964. 211 pp.

ESTAMOS DE ACUERDO todos en que el tema es inagotable. Pero sigue siendo grande nuestra capacidad de asombro, nuestra renovada admiración, cada vez que surge un libro o una aportación nueva. La Guerra de España, el gran trauma que conmovió conciencias y actitudes. Un día leemos las declaraciones de Oppenheimer, el gran físico americano, relatando su crisis juvenil con la imagen de España en lo más íntimo de su conciencia. Aparecen novelas que retratan a la Gran Sociedad de los Estados Unidos y entre los motivos que alentaron el nacimiento de todas las disidencias, de las primeras posturas, de los inconformes, reaparece la Guerra Civil. Ante el pabellón español de la Feria Mundial de Nueva York se reúnen los supervivientes de la brigada Lincoln, con sus hijos y sus nietos, dando fe de una herida sangrante, de una entrega sin fin a la causa de todos los hombres de buena voluntad, en aquellos años decisivos.

Se publica ahora en castellano la obra de Pietro Nenni, quien sigue estando de actualidad debido a la experiencia italiana "centro-sinistra", eso sí, liberado

de viejos compromisos frentepopulistas, pero tratando de recrear uniones y acuerdos globales, de la clase en cuyas manos parece seguir estando la llave del futuro.

P. Nenni, en 1936, estaba exilado, mientras en Roma gobernaba Mussolini. Era una época de incertidumbres y de complejos. Se había intentado el Frente Popular en Francia y en España, sin que llegara a conseguir el triunfo definitivo en ninguno de los dos países, pero las exigencias de unidad —el Pacto de Moscú estaba todavía muy lejos— eran compartidas por socialistas y comunistas y Nenni, por temperamento y por gusto, representaba una posibilidad real y definitiva de acercamiento y de trabajo solidario.

Nenni, a las órdenes de la Internacional Socialista, corre hacia Madrid en cuanto se declara la guerra. Tiene varias misiones que cumplir y en Madrid le aguardan sus compañeros de partido: Cordero, Prieto, Largo Caballero, Fernando de la Rosa y tantos más, casi todos desaparecidos ya, combatientes improvisados, dirigentes y responsables en la conducción de una guerra para la que nadie estaba preparado. El diario de Nenni, las páginas íntimas, a través de las que va surgiendo un relato ingenuo, directo e impresionante de las primeras semanas en España, de las acciones en las que él intervino, es un documento apasionante, cargado de fuerza emotiva y de valores esenciales.

El profesor-capitán, tras de una roca del Guadarrama, le explica su lección: "La revolución empieza con la destrucción del aparato militar y policiaco del Estado burgués. Hasta ayer teníamos la apariencia del poder. Mañana tendremos su sustancia. Volveré a mi escuela." De la Rosa, el italiano que vivió tan intensamente el drama del pueblo español, decía apenas unos días antes de caer con una bala en la frente: "Morir no es nada. Basta con no sufrir". El drama, a

veces, se hace comedia o burla. Miaja se atreve a decir públicamente: "En política soy analfabeto". Y tenía razón.

El libro de Nenni tiene una virtud más. A falta de la gran historia de la guerra, corren por ahí muchas historias pequeñas, a veces malintencionadas y con frecuencia tendenciosas. De ellas, la más insidiosa y terca parecía ser la empeñada en rebajar el papel de un grupo de hombres eminentes, de un partido ejemplar y honrado como pocos, a quienes tocó llevar la dirección y la responsabilidad de las tareas más altas durante los primeros meses. Me refiero al Partido Socialista Obrero Español y a sus hombres. El enfrentamiento posterior de este partido con los comunistas, y todo lo que ello significó, ha tenido un resultado historiográfico negativo: los comunistas han repetido hasta la saciedad sus argumentos y sus diatribas, en ocasiones arropadas con lenguaje literario, como ese triste ejemplo último, "Campo del Moro", la indecente novela de Max Aub.

Nenni, situado estratégicamente, capacitado como nadie para captar los humores y los movimientos de unos y de otros, comprometido como pocos en la línea de colaboración, pero socialista al fin y al cabo, es de una claridad y de una precisión rotundas a la hora de calibrar el esfuerzo y la obra del Partido hermano y de los hermanos socialistas. Pronto, el destino iba a unir a todos en un mismo destierro, aunque con finales muy diferentes.

El libro lo componen tres partes perfectamente diferenciadas: "El drama de la No-Intervención", ensayo escrito en 1942 para una revista norteamericana. En realidad es una breve historia de toda la guerra (36-39), con especial referencia a sus implicaciones de carácter internacional. "España día a día", por el contrario, es una especie de diario, publicado originalmente para el "Almanaco Socialista 1938" y otras revistas italia-

nas. "Los socialistas en España", la componen artículos, llamamientos, entrevistas, informes a la dirección del Partido o a las reuniones de las Internacionales. Abundan las notas de carácter biográfico de bastantes figuras y personajes del Partido Socialista español, ya que, como dice Dallo, al presentar la recopilación, "la bibliografía sobre la guerra de España se ha enriquecido con las contribuciones que explican el papel de los anarquistas y comunistas. Por eso me pareció útil buscar los datos acerca del papel que tuvieron los socialistas, cuya responsabilidad política en los años del conflicto fue muy importante."

La postura de Nenni puede concretarse cuando, tres años después de acabada la guerra, concluye su trabajo y analiza ese final: "Todos los que habían resentido como una injuria personal la larga lucha del pueblo español, soltaron un suspiro de alivio. Desde hacia dos años y medio, se debatían en sus contradicciones, atrapados entre sus resonantes declaraciones sobre la paz indivisible, sobre la solidaridad democrática y su actitud respecto a la España republicana. Sus actos eran la negación de sus palabras. Cuando en medio de sus discursos, se elevaba una voz para preguntar simplemente: "¿Qué hacen por la democracia española?", se veía desinflarse como un globo su elocuente palabrería sobre la humanidad, la solidaridad y el socialismo.

Sin embargo, el suspiro de alivio que dejaron escapar, era, también, un error de perspectiva. Europa y el mundo no salían de la guerra: entraban en ella. ¿Por qué el fascismo se habría de detener a medio camino?

Veinticinco años después, todavía cabe hacerse, con una perspectiva trágica y sensible, las mismas o parecidas preguntas. A veces la historia tiene esos caminos incomprensibles y absurdos y

se goza en jugar con los hombres y con las naciones, como si fueran muñecos de trapo.

M. O.

LEO HUBERMAN: *Los bienes terrenales del hombre (Historia de la riqueza de las naciones)*, Iguazú, Buenos Aires, 1963, 364 pp.

MUCHOS LIBROS tratan de la formación del llamado mundo occidental, pero sobre todo desde el punto de vista de los sucesos políticos y sociales son pocos los que señalan la interrelación entre este desarrollo y el económico, en forma clara y fácil de entender para quien no sea especialista en tales temas.

El mérito del libro que comentamos, debido a la pluma del investigador norteamericano Leo Huberman, consiste precisamente en eso: penetra y profundiza en términos fáciles y accesibles al problema. La exposición arranca del feudalismo, y señala en forma clara la compleja evolución que culmina con el actual sistema capitalista. Desfilan ante nuestros ojos la producción familiar para el autoconsumo de la Edad Media; el sistema gremial, de intercambio de mercancías realizado por los productores mismos; el trabajo de los artesanos para un empresario que, a través de la manufactura y de la Revolución Industrial, desemboca en nuestro sistema fabril, donde el productor material de los artículos, el obrero, está totalmente separado de su propiedad.

Es muy interesante observar que el desarrollo económico esquemáticamente señalado, se ve acompañado de toda una serie de otros movimientos en el campo de las ideas, de la política, de la organización social, etc. Huberman lo señala con habilidad y acierto.

Así, por ejemplo, ha cambiado pro-

fundamente a través del tiempo el concepto de cuál es el precio apropiado para una mercancía. La Edad Media, con su escaso sistema mercantil, trata de basar el valor comercial en el costo y en la jornada de trabajo; cualquier aumento sobre ello es indebido e inmorale. Esto frena el desarrollo dinámico del sistema mercantil, y al crecer las ciudades el "precio justo" es substituido por el concepto del "precio de mercado", es decir, del precio más alto que se pueda obtener en cada caso. De la misma manera, si en la Edad Media la jornada "justa" tenía límites establecidos por la costumbre y los reglamentos, a principios del siglo XIX la única justicia que se considera aceptable en este aspecto es la del acuerdo comercial entre libres vendedores de su fuerza de trabajo y compradores capitalistas igualmente libres. Cualquier limitación legal a la jornada sería una violación a la libertad "digna de las edades más oscuras" (p. 209), como dice el doctor Ure, defensor de la "libertad" en abstracto, que significa en su caso libertad para explotar, y que lleva al trabajo de niños desde los dos años, y a jornadas exhaustivas.

¿Cómo ha de seguir el desarrollo, desde la situación actual? Huberman analiza el tremendo poder de los monopolios, que de hecho suprimen la libertad de escoger y seleccionar de que supuestamente goza el individuo. Habla de las doscientas corporaciones mayores que dominan la economía norteamericana. Y hay que tomar en cuenta que esta obra fue escrita antes de la segunda Guerra Mundial; de entonces acá, la concentración del gran capital ha seguido su marcha ascendente. Frente a esto se plantea la necesidad de la planificación. Huberman señala la planificación realizada en la Unión Soviética basada en la propiedad socialista, y contraponen a ella los intentos hechos en los países de la llamada empresa libre, donde, si